

Ópalo ediciones
info@opaloediciones.com
www.opaloediciones.com

Primera edición: julio, 2023.

© Carlos Decker-Molina
© Ópalo ediciones.
© de las ilustraciones: Ana María Beaulieu
© de la ilustración portada: Laura Kwiatkowski.
© de la fotografía: Sergio Albornoz.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 878-2023
ISBN: 978-84-122446-5-6



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.



*A los amigos de la barra con los que
hablamos de éstos y otros temas que, a
veces, se convierten en libros.*

A modo de prólogo

Cuando el 24 de febrero de 2022, escuché a Vladimir Putin hablar de una Operación Especial y desnazificadora en Ucrania, me pareció escuchar viejos tambores de guerra y no es justamente música militar, es más bien un ruido ensordecedor. Sé muy bien de qué se trata, escuché esos ruidos varias veces en diferentes latitudes.

Es muy fácil iniciar una guerra, lo difícil es terminarla. La guerra sigue matando incluso cuando termina. Todavía hay japoneses que mueren de cáncer en Hiroshima y Nagasaki. Todavía hay bosnios, croatas, kosovares y serbios que sufren traumas psiquiátricos. Me estremece pensar qué pasará con los ucranianos y rusos cuando la guerra de Putin concluya.

Yugoslavia reinaugura la guerra en Europa, desaparece un país y aparecen cinco nuevos. Rusia en ese momento tenía tropas en Bosnia, pero su influencia en la política mundial no era la que tuvo la URSS.

En Iraq se comprobó que la democracia no se construye con misiles ni bombas. Fue una guerra comparable al golpe de un bate de beisbol estadounidense a una colmena árabe, provocando la salida de miles de peligrosas avisvas; sectas fundamentalistas que aún hoy siguen intentando vengarse del satán occidental.

La guerra de Siria probablemente no habría existido sin la de Iraq. Entonces Rusia ya estaba montada en su moderna maquinaria bélica y ha sido y sigue siendo un actor militar de pri-

mera línea. Putin quiso mostrar a occidente su fuerza política y militar, en un país importante como Siria que tiene límites con la OTAN, concretamente con Turquía.

Todos saben algo de estas guerras, pero ¿quién se acuerda de las mujeres, viejas y jóvenes que fueron violadas por los tres ejércitos y/o grupos paramilitares que lucharon en la ex Yugoslavia, que les cortaban la lengua para que no hablen?

¿O a esa madre enloquecida que perdió a sus hijos en la huida de Prístina?

Las guerras tienen sus políticos, sus generales y fundamentalmente sus muertos y heridos. Están los desplazados y la gente convertida en mendigos de la ayuda de organizaciones internacionales y de la generosidad de países vecinos.

Miles de viudas, condenadas al silencio viven en países extraños o en fronteras sin ninguna ley.

Con las narraciones que siguen, quiero repudiar el método belicista, la guerra en sí misma, la que según Carl von Clausewitz, es la extensión de la política. La guerra, por el contrario, muestra con toda crudeza y su inevitable caudal de muertos, el estrepitoso fracaso de los políticos.

Soy periodista y escritor y no puedo evitar una guerra, pero hago lo que está a mi alcance para que mis textos permitan hacer visible la tremenda catástrofe humana que desata un conflicto bélico.

Carlos Decker-Molina

Estocolmo (Suecia)
entre el 24 de abril y el 15 de agosto de 2022

*El supremo arte de la guerra
es doblegar al enemigo sin luchar.*

Sun Tzu



Muchas guerras, demasiadas

Primera Guerra Mundial

17 de octubre de 1914. Carta desde el frente occidental.

«No tengo la más remota idea de para qué debemos seguir luchando, quizás para que los periódicos puedan publicar una historia que no es la real... Quien desea que la guerra continúe no puede ser llamado nunca más *ser humano*. La desesperación no puede ser mayor en territorio enemigo, así como en casa. Solo puede quedar gente que no tiene idea de todo esto».

Segunda Guerra Mundial

6 de agosto de 1945. Hiroshima.

Recuerdo que una fuerte luz nos iluminó, escuché una detonación y no recuerdo más. Aparecí en la calle, todo estaba destruido vi a dos personas que se acercaron y solo decían: «agua, agua». No tenía qué darles de beber, murieron frente a mí. Durante 10 años me sentí culpable de ambas muertes, pero ¿qué pude hacer?, no tenía agua.

Seguí caminando y vi gente bajo los edificios destrozados pidiendo ayuda. Nadie pudo socorrerlos. El fuego se esparció con rapidez. Esos padres, madres e hijos tuvieron que alejarse del lugar gritando, enloquecidos por la impotencia de no poder salvar a sus seres queridos de las llamas del infierno atómico.

La guerra entre los pobres

Mi padre combatió por el lado boliviano en una guerra de dos países pobres de América latina: Paraguay y Bolivia entre 1933-1935. El sonido de los morteros le disminuyó la capacidad auditiva. Dos hermanos de mi madre acudieron al llamado bélico, Carlos no volvió, por eso mi nombre.

Mi padre no fue ningún hombre parco, abogado, magistrado de la Corte Suprema, gran lector, pero nunca habló ni contó hazañas de guerra. Tampoco era pacifista.

Alguna vez me dijo entre cerveza y cerveza: “Hijo: la guerra es un infierno degradante y deshumanizante”, fue una advertencia a mis devaneos revolucionarios sobre la guerra popular y prolongada, tan notoria en los años 60s-70s.

Para mostrarme el absurdo de la guerra me contó una historia:

«En algún lugar del Chaco boliviano-paraguayo.

»Combatimos duro y parejo. Había que tomar la encañada que nos llevaría el agua. En estos sitios solo crecen espinos, la tierra se agrieta con el sol eterno, hasta las boas duermen en la sombra. Los pájaros vuelan kilómetros y traen agua en sus picos para calmar la sed de sus crías.

»Bolivianos y paraguayos luchábamos con los Mauser de la primera guerra mundial, los hacíamos por encargo. Los interesados era los petroleros de la Standar Oil y la Shell. Inventaron la llamada Guerra del Chaco para llevarse el oro negro.

»Ese combate que te cuento no tuvo ribetes heroicos, terminó después de cinco días, fue una matanza general, los pocos sobrevivientes nos tiramos a la cañada a beber agua de una vertiente que no existía.

En algún lugar de América Latina

1960-1970, años revolucionarios.

Hace muchos años, cuando era un niño, escuché muchas historias de guerra. Me fascinaban esos relatos. Todos tenían el heroísmo como protagonista y esos héroes no solo eran valientes, también eran buenos hijos.

Historias bélicas narrada a hijos para inspirarlos, quizá, ante la posibilidad de que la guerra vuelva como golondrina en primavera.

Mi abuelo, rumiaba sus opiniones en silencio, no juzgaba cuando escuchaba a su hijo, mi padre, pero se notaba que había una rabia contenida, no le gustaba que me cuente historias heroicas.

Una tarde decidió relatar la historia de un guerrillero de uno de los tantos *focos revolucionarios*. El viejo, que tenía unos espejuelos redondos entrampados al borde de su nariz, levantando la testa y con los ojos abiertos que miraban a su hijo, dijo con voz clara:

—La guerra es una mierda. No sé por qué cuentas a tu hijo batallas heroicas si tú nunca fuiste a una guerra. La tuya fue una guerrilla en la que murió toda una pléyade de jóvenes universitarios sin disparar ni un tiro, murieron de sed y de hambre. Tú te libraste porque... tuviste suerte.

»Por qué no le cuentas cómo murió ese tu compañero de universidad que quiso ser el Che Guevara, ese que le escribió a su madre: *Moriré en alguna playa lejana por la liberación de mi pueblo*. Pobrecito, no tenía lágrimas para llorar su agonía, su lengua parecía un montoncito de arena que lo atragantaba.

»En sus sueños decidió matarse y se metió el caño del fusil en la boca y se disparó. Gritó tanto que los pajarracos que lo merodeaban agitaron sus alas y huyeron asustados. Cuando despertó comprobó que no era un sueño. Tenía la cara destrozada y llena de gusanos. Las moscas en esos bosques huraños suelen depositar sus larvas en las heridas putrefactas que emanan un olor a muerte.

»Lo encontraron de casualidad, lo llevaron al poblado hasta que los milicos lo apresaron y lo remataron para que no sufriera más. ¡Qué compasivos!

»Si lo hubiesen encontrado sano también lo habrían matado.

»Esa vez, la última, no tuvo fuerzas para espantar a los pajarracos. Murió en silencio».

La guerra de respuesta

Afganistán, 1997

Lo vi acercase lentamente, caminaba como un robot. El teniente gritó: ¡Alto!

Nosotros apuntamos a la cabeza del terrorista. Siguió caminando, estaba a cien metros de nuestra posición. Estiró la mano derecha como si fuera un saludo nazi y escuché una detonación que sigue sonando en mis cansados oídos.

El teniente que quiso detenerlo gritando ¡alto! terminó destrozado sobre el techo de una casa vecina. Fue el único que bajó del vehículo que estaba parado en medio de la calle.

Yo soy el único sobreviviente, aunque sin un brazo, sin una pierna, casi sordo y eternamente cansado por culpa del insomnio.

La guerra regional

Irak contra Irán, 1980-1988

Íbamos lentamente hasta que los primeros niños y viejos comenzaron a volar por los aires despedazados por las minas enterradas en el campo de batalla. La Guardia Republicana de Sadam disparaba sin parar y barría con balas de metralla la tierra de nadie.

Lloré, grité, creo que lo último que dije fue Inshallah para darme fuerza y seguir avanzando, sentí un fuerte estruendo y supuse que había llegado al paraíso, busqué la llave que mi profesor me colgó en el cuello para abrir la puerta del paraíso. No pude ubicar el portón o me pareció que estaba cerrado o simplemente no pude abrir.

Recuerdo en la nebulosa como de un sueño que mostraba la llave, hacía señas para que la vieran; ese alguien que tendría que ser Alá no veía bien ¿por qué no abre el portón del paraíso?

Nadie me escuchaba, cuando pude mirar, todos estaban muertos. Desde entonces no creo en paraísos, lo que sí creo es que hay infierno. La guerra es un infierno.

Me da mucha pena que mis padres sigan creyendo que los estoy esperando en el paraíso para juntarnos. No quiero que sepan que tienen un hijo sin piernas que vive en un país de Europa generoso con gente como yo.

ÍNDICE

A modo de prólogo	11
-Muchas guerras, demasiadas	17
Primera Guerra Mundial	19
Segunda Guerra Mundial	20
La guerra entre los pobres	21
En algún lugar de América Latina	22
La guerra de respuesta	24
La guerra regional	25
-Yugoeslavia, 1990	27
Primero de mayo, sin banderas rojas	29
La pequeña historia de Esma	36
El silencio	39
La huida de Kosovo	51
-Irak, 2003	59
El ojo de Faluya	61
La madre de Adil	68
-Siria, 2011	73
Trapos manchados de sangre	75
La pesadilla de Khaled	83
La niña de Siria	87
-Ucrania, 2022	93

E-mails de ida y vuelta	95
Una canción enterrada	104
La suerte está escrita en los rostros	113
El recuerdo me hace temblar	120
Metro 2022	127
Hamlet en el teatro de Mariupol	133
Agradecimientos	141

